

La paz de los cementerios: Desenmascarando el pacifismo imperial entre Ucrania, Gaza y el asedio a América Latina - Un análisis materialista -

I. Introducción: La paz en la era de las guerras imperialistas

La guerra ha retornado al centro del escenario político mundial con una intensidad que no se veía desde la Guerra Fría. El conflicto en Ucrania ha sacudido las certezas de una Europa que se creía inmune a las conflagraciones militares de gran escala; el genocidio en Gaza ha desnudado la hipocresía del orden internacional liberal; y las amenazas del presidente estadounidense Donald Trump de invadir Venezuela y Colombia bajo el pretexto de combatir el narcotráfico revelan la permanencia del imperialismo estadounidense en su forma más descarnada. En este contexto, las consignas pacifistas resurgen con fuerza, pero también revelan sus limitaciones históricas cuando se enfrentan a la materialidad de los conflictos bélicos contemporáneos.

El movimiento pacifista, en sus expresiones mayoritarias, ha caído en dos errores simétricos que lo han paralizado políticamente. Por un lado, encontramos un pacifismo abstracto que condena toda forma de violencia sin distinguir entre la violencia del opresor y la resistencia del oprimido, entre las guerras de conquista imperialista y las guerras de liberación nacional. Este **pacifismo liberal, que Lenin caracterizó como 'la peor y más peligrosa forma de engaño a las masas'**, se niega a analizar las causas materiales de la guerra y termina, objetivamente, justificando el statu quo. Por otro lado, existe un sectarismo que, al defender mecánicamente cualquier fuerza que se enfrente al imperialismo occidental, pierde de vista el análisis de clase y las contradicciones reales que atraviesan cada conflicto concreto.

Frente a estas posiciones, es necesario recuperar el análisis materialista de la guerra que desarrollaron los clásicos del marxismo, pero actualizándolo a las condiciones del siglo XXI. No basta con repetir que *'quien quiera la paz debe luchar por el socialismo'*, aunque esta formulación contenga una verdad fundamental: *que la paz permanente solo será posible mediante la superación del capitalismo*. Lo que necesitamos es un análisis concreto de las guerras concretas que nos permita elaborar una política proletaria frente a cada conflicto, distinguiendo su carácter de clase, sus dinámicas geopolíticas y las tareas que plantea al movimiento obrero internacional.

El presente documento se propone realizar este análisis tomando como ejes tres conflictos que condensan las contradicciones fundamentales de nuestra época: la guerra en Ucrania, que representa el enfrentamiento entre potencias imperialistas en declive y ascenso; el genocidio en Gaza, que expresa la continuidad del colonialismo de asentamiento en el siglo XXI; y las amenazas de invasión estadounidense a Venezuela y Colombia, que revelan la persistencia del imperialismo tradicional en América Latina. A través de este análisis, buscaremos establecer los fundamentos de una política marxista de la paz que supere tanto el pacifismo abstracto como el belicismo acrítico.

II. Fundamentos teóricos: La guerra en el análisis marxista

2.1. Marx, Engels y las guerras nacionales del siglo XIX

La posición del marxismo frente a la guerra no puede entenderse como un conjunto de principios abstractos aplicables mecánicamente a cualquier situación, sino como una metodología de análisis que parte siempre *de las condiciones materiales concretas y del papel que cada conflicto juega en el desarrollo histórico de las fuerzas productivas y en la lucha de clases*. Marx y Engels, a lo largo de su obra, analizaron las guerras de su época desde esta perspectiva materialista, distinguiendo entre guerras progresivas y reaccionarias según el papel que jugaran en el desarrollo histórico del capitalismo y en la construcción de las condiciones objetivas para el socialismo.

En sus escritos sobre las guerras de unificación alemana e italiana, Marx y Engels defendieron la necesidad de apoyar estas luchas nacionales porque consideraban que la consolidación de grandes estados nacionales unificados era una condición necesaria para el desarrollo del capitalismo moderno y, por tanto, para la concentración de la clase obrera y el desarrollo de su lucha. Como señalaba Engels en su análisis de la guerra franco-prusiana de 1870, incluso cuando una guerra es promovida por dinastías reaccionarias, puede tener un contenido históricamente progresivo si contribuye a la destrucción de formas precapitalistas de dominación y a la unificación nacional. Sin embargo, Marx fue también el primero en advertir sobre el giro reaccionario que tomó esa misma guerra cuando Bismarck anexionó Alsacia-Lorena, transformando una guerra de unificación alemana en una guerra de conquista que sembraría las semillas de futuros conflictos.

La clave del análisis marxista de la guerra en el siglo XIX radicaba en comprender que el capitalismo en ascenso jugaba todavía un papel históricamente progresivo al destruir las formas feudales de producción y crear las condiciones materiales para el socialismo. Las guerras nacionales, en este contexto, eran parte del proceso de consolidación del mercado mundial capitalista. Pero Marx y Engels **nunca perdieron de vista la perspectiva de clase**: su apoyo a las luchas nacionales se subordinaba siempre al interés estratégico del proletariado. Como escribió Marx en su célebre Manifiesto de la Internacional sobre la guerra franco-prusiana, los trabajadores alemanes debían distinguir entre apoyar la defensa nacional contra el bonapartismo y oponerse a las ambiciones anexionistas de su propia burguesía.

2.2. Lenin y la época del imperialismo

El análisis leninista de la guerra parte de la comprensión de que el capitalismo ha entrado en su fase imperialista, modificando radicalmente el carácter de los conflictos bélicos. En su obra fundamental 'El imperialismo, fase superior del capitalismo' (1916), Lenin demostró que el capitalismo de libre competencia del siglo XIX había sido superado por el capitalismo monopolista, caracterizado por la fusión del capital bancario con el industrial, la exportación de capitales (no solo de mercancías), el reparto territorial del mundo entre las grandes potencias y la formación de asociaciones monopolistas internacionales. En esta nueva fase, el capitalismo ya no juega un papel históricamente progresivo: **se ha convertido en un freno al desarrollo de las fuerzas**

productivas y en una fuente permanente de guerras de rapiña por el reparto del mundo.

La Primera Guerra Mundial, que estalló cuando Lenin elaboraba estas tesis, confirmó dramáticamente su análisis. Frente a esta guerra, la mayoría de los partidos socialistas de la Segunda Internacional traicionaron sus propios principios antimilitaristas y votaron los créditos de guerra, apoyando a sus respectivas burguesías nacionales bajo el pretexto de la 'defensa de la patria'. Lenin, en cambio, caracterizó la guerra como un conflicto interimperialista de rapiña en el que ambos bandos eran igualmente reaccionarios, y defendió la consigna de '*transformar la guerra imperialista en guerra civil*', es decir, de aprovechar la crisis de los estados para impulsar la revolución socialista. Como escribió en 'El socialismo y la guerra' (1915), 'la burguesía engaña a las masas ocultándoles el carácter de rapiña de la presente guerra con la ideología nacional'. La tarea de los socialistas era desenmascarar esta ideología y mostrar que la única paz duradera sería la paz entre los pueblos, no entre los gobiernos capitalistas.

Sin embargo, **Lenin nunca fue un pacifista abstracto**. En sus 'Tesis sobre la guerra' (1915), estableció una distinción fundamental entre dos tipos de guerras en la época imperialista: las guerras imperialistas de rapiña, que debían ser combatidas mediante el derrotismo revolucionario, y las guerras de liberación nacional de los pueblos coloniales, que merecían el apoyo del proletariado internacional. Esta distinción no era moral sino política: mientras las primeras solo podían conducir a una redistribución reaccionaria del botín entre potencias capitalistas, las segundas debilitaban al imperialismo y contribuían a crear condiciones más favorables para la revolución socialista mundial. El *derrotismo revolucionario*, por tanto, no significaba el pacifismo, sino trabajar por la derrota del propio imperialismo para convertir la guerra imperialista en revolución proletaria.

Esta posición leninista se consolidó en la revolución rusa de 1917, cuando los bolcheviques conquistaron el poder con la consigna de '**Paz, pan y tierra**'. La paz de Brest-Litovsk, firmada por el gobierno soviético con Alemania en marzo de 1918, fue duramente criticada por quienes la consideraban una capitulación ante el imperialismo alemán. Lenin defendió el tratado con el argumento de que la preservación del primer estado obrero era más importante que cualquier consideración territorial, y que ganar tiempo era fundamental para consolidar la revolución. Como señaló en sus debates con los 'comunistas de izquierda', el internacionalismo proletario no consiste en sacrificar innecesariamente la revolución en un país en aras de principios abstractos, sino en defender la revolución donde ha triunfado para crear las mejores condiciones para su extensión internacional.

2.3. Rosa Luxemburgo y la crítica de la militarización

Rosa Luxemburgo desarrolló una de las críticas más penetrantes del militarismo como fenómeno económico y político del capitalismo imperialista. En su obra 'La acumulación del capital' (1913), analizó cómo el militarismo cumple una triple función en el sistema capitalista: es un medio de lucha competitiva entre estados capitalistas en el mercado mundial, es el principal instrumento del capital para someter a pueblos y sociedades no capitalistas, y constituye un campo privilegiado de acumulación de capital en sí mismo.

El gasto militar, lejos de ser un 'derroche' improductivo como sostenían algunos economistas burgueses, es un mecanismo esencial para la realización de la plusvalía en condiciones de sobreproducción crónica.

Luxemburgo mostró que el militarismo es inseparable del imperialismo porque ambos son expresiones de la contradicción fundamental del capitalismo en su fase monopolista: la contradicción entre el desarrollo ilimitado de las fuerzas productivas y los límites del mercado. La exportación de capitales requiere de la protección militar de las inversiones en países semicoloniales; la competencia entre monopolios se transforma inevitablemente en competencia entre estados armados; y la búsqueda de nuevos mercados y materias primas conduce a la anexión de territorios. En este sentido, Luxemburgo anticipó la tesis de que el capitalismo imperialista genera necesariamente un **estado de guerra permanente**, no como resultado de la 'mala voluntad' de ciertos dirigentes, sino como expresión de sus contradicciones estructurales.

En su folleto 'La crisis de la socialdemocracia' (1916), Luxemburgo realizó una crítica devastadora del apoyo de los socialdemócratas alemanes a la guerra. Denunció que la ideología de la 'defensa nacional' servía para ocultar que la guerra era resultado del desarrollo del capitalismo y que beneficiaba exclusivamente a la burguesía imperialista. Sin embargo, a diferencia de Lenin, Luxemburgo no formuló la consigna del derrotismo revolucionario sino la de *'guerra a la guerra'*, *enfaticando la necesidad de una acción proletaria internacional coordinada contra el militarismo*. Esta diferencia reflejaba concepciones distintas sobre el papel del partido y la forma de la revolución, pero ambos coincidían en el rechazo radical del pacifismo burgués y en la necesidad de combatir la guerra mediante la lucha de clases.

La contribución más importante de Luxemburgo al análisis marxista de la guerra fue su énfasis en la relación entre militarismo, imperialismo y crisis económica. Mostró que el gasto militar no es una simple 'distorsión' del capitalismo que podría eliminarse mediante reformas, sino que está orgánicamente vinculado a la lógica de la acumulación capitalista en la época imperialista. Esta tesis cobra una relevancia renovada en el siglo XXI, cuando el complejo militar-industrial se ha convertido en uno de los sectores más dinámicos de la economía capitalista y cuando la militarización de las relaciones internacionales parece ser una respuesta estructural a la crisis de sobreacumulación del capital.

III. La guerra de Ucrania: anatomía de un conflicto interimperialista

3.1. Raíces históricas y geopolíticas del conflicto

La guerra en Ucrania no comenzó con la invasión rusa de febrero de 2022, sino que es el resultado de un largo proceso de reconfiguración geopolítica posterior a la caída de la Unión Soviética. El colapso del bloque soviético en 1991 creó una situación históricamente inédita: la desaparición de uno de los dos polos del sistema mundial bipolar sin que mediara una derrota militar, lo que generó un vacío de poder en Europa Oriental y Asia Central que las potencias occidentales, lideradas por Estados Unidos, se apresuraron a llenar. La expansión de la OTAN hacia el Este, que incorporó sucesivamente a Polonia, Hungría, República Checa, los países bálticos y finalmente a naciones fronterizas con Rusia como Rumanía y Bulgaria, fue percibida por Moscú como un cerco estratégico que amenazaba sus intereses vitales de seguridad.

Ucrania, por su posición geográfica, su tamaño y su importancia económica, se convirtió en el campo de batalla principal de esta pugna geopolítica. El país había sido históricamente parte del espacio económico y político ruso, primero como parte del imperio zarista y luego como república soviética, lo que generó profundas vinculaciones económicas, culturales y familiares con Rusia. Sin embargo, la independencia de 1991 abrió la posibilidad de una reorientación hacia Occidente, especialmente para las élites de Kiev y del oeste del país. Esta división geopolítica se superpuso con divisiones internas de carácter lingüístico, cultural y económico: mientras el oeste de Ucrania, históricamente vinculado a Polonia y Austria-Hungría, miraba hacia Europa, el este industrial y el sur costero mantenían fuertes lazos con Rusia. Esta fractura interna convirtió a Ucrania en un *estado fallido* incapaz de consolidar una identidad nacional cohesiva, vulnerable a la manipulación externa y a los conflictos internos.

El Maidán de 2014 marcó el punto de inflexión definitivo. Lo que comenzó como protestas contra la corrupción del gobierno de Yanukóvich se transformó, con el apoyo activo de Estados Unidos y la Unión Europea, en un golpe de estado que derrocó a un presidente electo democráticamente. El nuevo gobierno, fuertemente influenciado por fuerzas nacionalistas de extrema derecha, adoptó una política abiertamente rusófoba que incluía la prohibición del idioma ruso en la educación y la administración pública, la glorificación de colaboracionistas nazis como Stepan Bandera, y una ofensiva militar contra las poblaciones del Donbás que habían rechazado el golpe. La anexión rusa de Crimea y el apoyo a las repúblicas separatistas de Donetsk y Lugansk fueron la respuesta de Moscú a esta reconfiguración geopolítica que amenazaba con convertir a Ucrania en un estado hostil alineado con la OTAN en sus mismas fronteras.

Los acuerdos de Minsk, firmados en 2014 y 2015 bajo mediación francoalemana, pretendían establecer un compromiso: *Ucrania mantendría su integridad territorial pero otorgaría autonomía a las regiones del Donbás, mientras se comprometía a no ingresar a la OTAN*. Sin embargo, estos acuerdos nunca se implementaron seriamente. El gobierno ucraniano, con el respaldo de Estados Unidos, mantuvo una guerra de desgaste contra las repúblicas separatistas, bombardeando sistemáticamente zonas civiles y causando miles de muertos. Angela Merkel y François Hollande reconocieron

posteriormente que los acuerdos de Minsk fueron utilizados por Occidente simplemente para ganar tiempo y rearmar a Ucrania, sin intención real de cumplirlos. Esta confesión desenmascara la hipocresía occidental y muestra que la invasión rusa de 2022, aunque constituya una agresión imperialista, fue la culminación de una escalada en la que Occidente jugó un papel provocador fundamental.

3.2. Carácter de clase de la guerra: entre imperialismos

Desde una perspectiva marxista, la guerra de Ucrania debe caracterizarse como un conflicto interimperialista, es decir, como una guerra entre potencias capitalistas por el control de mercados, recursos y esferas de influencia. Rusia, aunque no sea una superpotencia comparable a Estados Unidos, es indudablemente una potencia imperialista regional que busca mantener su dominio sobre el espacio postsoviético. Su economía, dominada por oligarcas vinculados al aparato estatal y basada en la exportación de materias primas, reproduce la lógica del capitalismo monopolista que Lenin analizó hace más de un siglo. El gobierno de Putin representa los intereses de una burguesía que surgió del saqueo de los bienes públicos soviéticos en los años noventa y que necesita mantener su control sobre las antiguas repúblicas soviéticas para asegurar sus mercados de exportación y su influencia geopolítica.

Por otro lado, la OTAN y Estados Unidos no actúan en defensa de la 'democracia' o la 'libertad' ucraniana, sino en defensa de sus propios intereses imperialistas. La incorporación de Ucrania a la esfera occidental significa el acceso a su rico suelo agrícola, sus recursos minerales, su mano de obra relativamente cualificada y barata, y sobre todo, la extensión de la hegemonía geopolítica estadounidense hasta las fronteras mismas de Rusia. El suministro masivo de armas a Ucrania, la imposición de sanciones económicas devastadoras contra Rusia, y el entrenamiento de tropas ucranianas por parte de la OTAN revelan que Occidente está dispuesto a luchar contra Rusia hasta el último ucraniano, sin importarle la devastación del país ni las víctimas civiles.

Ucrania misma no puede caracterizarse como una nación oprimida que lucha por su liberación, a pesar de la retórica nacionalista. Su gobierno, surgido del golpe del Maidán, representa los intereses de una oligarquía local que ha optado por subordinarse al imperialismo occidental antes que mantener una posición independiente o aliarse con Rusia. La integración de Ucrania en las estructuras económicas occidentales implica su transformación en un país semicolonial destinado a proveer materias primas baratas y mano de obra a las economías centrales, mientras implementa las políticas de austeridad y privatización exigidas por el FMI. El heroísmo de los soldados y civiles ucranianos que resisten la invasión rusa no cambia el carácter de clase de la guerra: están siendo utilizados como carne de cañón en una *guerra que no responde a sus intereses sino a los de las burguesías imperialistas en conflicto*.

Este análisis no implica adoptar una posición de 'equidistancia' moral entre Rusia y la OTAN, como si ambos campos fueran igualmente responsables o igualmente reaccionarios. Desde el punto de vista del movimiento obrero internacional, existe una diferencia política fundamental: el imperialismo estadounidense sigue siendo la potencia dominante decadente del sistema mundial, el gendarme del orden capitalista global, mientras que Rusia es una potencia imperialista más débil, en declive y a la

defensiva. En este sentido, el debilitamiento del imperialismo estadounidense abre mayores posibilidades para las luchas de liberación de los pueblos y para el desarrollo de alternativas anticapitalistas. Sin embargo, esto no convierte a Rusia en un aliado progresivo ni justifica el apoyo acrítico a su invasión. *La tarea del marxismo es analizar las contradicciones reales sin embellecerlas con una retórica antiimperialista simplista.*

3.3. Las posiciones del movimiento obrero internacional

El movimiento obrero internacional ha mostrado una fragmentación profunda ante la guerra de Ucrania, reflejando tanto la debilidad orgánica del movimiento como las diferencias políticas e ideológicas que lo atraviesan. Una parte significativa de la izquierda europea y estadounidense ha adoptado una posición abiertamente pro-OTAN, justificando el envío de armas a Ucrania y las sanciones contra Rusia bajo el argumento de defender el derecho a la autodeterminación nacional. Esta posición, que reproduce la lógica del social-chauvinismo que Lenin denunció en 1914, olvida que no existe tal cosa como un 'derecho' abstracto a la autodeterminación que pueda invocarse independientemente del análisis de clase y de las dinámicas imperialistas. Apoyar la guerra de la OTAN en Ucrania significa, objetivamente, fortalecer al imperialismo estadounidense y contribuir a una nueva escalada militarista que amenaza con una conflagración global.

En el extremo opuesto, algunos sectores de la izquierda han caído en el error de caracterizar a Rusia como un aliado antiimperialista o incluso como un estado en transición al socialismo. Esta posición, que reproduce el campismo acrítico estalinista de la Guerra Fría, ignora el carácter capitalista y oligárquico del régimen de Putin y embelleció una invasión que, independientemente de sus causas geopolíticas, representa una agresión militar contra otro estado soberano. Defender a Rusia 'porque se enfrenta a Estados Unidos' es una política que sustituye el análisis de clase por el nacionalismo geopolítico. **No hay nada progresivo en una guerra entre potencias capitalistas, incluso cuando una de ellas sea más débil que la otra.**

La posición correcta desde el punto de vista del marxismo es el internacionalismo proletario consecuente, que implica oponerse a ambos imperialismos sin caer en la equidistancia liberal. Esto significa, concretamente: oponerse a la invasión rusa y exigir la retirada de las tropas rusas de Ucrania; oponerse a la escalada militar de la OTAN y al envío de armas a Ucrania, que solo prolonga la guerra y aumenta el sufrimiento; exigir el levantamiento de las sanciones económicas que afectan principalmente a las poblaciones trabajadoras de Rusia y Europa; defender el derecho de las poblaciones del Donbás y Crimea a decidir democráticamente su futuro sin presión militar de ninguna de las partes; y trabajar por una paz negociada que reconozca las legítimas preocupaciones de seguridad de todas las partes, incluida Rusia.

Fundamentalmente, la guerra de Ucrania debe ser utilizada por el movimiento obrero internacional para denunciar el carácter bélico del capitalismo y la imposibilidad de una paz duradera bajo el sistema imperialista. La consigna debe ser: 'Ni un centavo ni un soldado para la guerra imperialista', combinada con la lucha por desarmar a la OTAN, disolver los bloques militares y construir un sistema de seguridad colectiva basado en el respeto mutuo y la cooperación económica, lo cual solo es posible bajo el socialismo.

En última instancia, la única salida progresiva a la guerra es la revolución socialista que derribe tanto al régimen oligárquico de Putin como a los gobiernos capitalistas de la OTAN.

IV. Gaza: El colonialismo de asentamiento y el genocidio contemporáneo

4.1. La naturaleza colonial del proyecto sionista

El genocidio que Israel perpetra en Gaza desde octubre de 2023 no es un acontecimiento aislado ni una 'respuesta desproporcionada' a los ataques de Hamás, sino la culminación lógica de un proyecto colonial de asentamiento que se remonta a la fundación del estado de Israel en 1948. Para comprender la naturaleza de este genocidio es imprescindible situarlo en el marco histórico del sionismo como movimiento colonialista de tipo europeo, surgido en el contexto del imperialismo decimonónico y realizado mediante la limpieza étnica de la población nativa palestina. El sionismo no es simplemente una ideología nacionalista judía, sino un proyecto colonial que desde sus inicios planteó la creación de un 'hogar nacional judío' mediante la colonización de Palestina y el desplazamiento de su población árabe.

El concepto de 'colonialismo de asentamiento' (settler colonialism) es fundamental para entender la especificidad del caso israelí-palestino. A diferencia del colonialismo clásico de explotación, que buscaba extraer recursos y explotar la mano de obra nativa, el colonialismo de asentamiento busca reemplazar completamente a la población indígena con colonos metropolitanos. Como señaló Patrick Wolfe, el colonialismo de asentamiento no es un evento sino una estructura: su objetivo no es incorporar a los nativos en relaciones de explotación sino eliminarlos para tomar su lugar. La lógica del sionismo, desde Herzl hasta Netanyahu, ha sido siempre la de crear un estado judío étnicamente puro mediante la transferencia (eufemismo para designar la expulsión) de los palestinos. La Nakba de 1948, cuando más de 750.000 palestinos fueron expulsados de sus tierras y cientos de aldeas fueron destruidas, no fue una consecuencia imprevista de la guerra sino el objetivo planificado del proyecto sionista.

Gaza, en este marco, no es simplemente un 'territorio ocupado' sino la mayor prisión a cielo abierto del mundo, donde dos millones de palestinos sobreviven en condiciones infrahumanas bajo un bloqueo militar total que dura desde 2007. El bloqueo israelí controla todo lo que entra y sale de Gaza, desde alimentos y medicinas hasta agua y electricidad, convirtiendo al enclave en un laboratorio de técnicas de control poblacional y de guerra contrainsurgente. Israel ha llevado a cabo operaciones militares periódicas contra Gaza con el explícito propósito de **'cortar el césped'**, metáfora genocida que revela la intención de mantener a la población palestina en un estado de precariedad permanente, imposibilitada de desarrollar cualquier forma de economía o sociedad viable. Cada bombardeo destruye sistemáticamente infraestructura civil: hospitales, escuelas, plantas de tratamiento de agua, generadores eléctricos, con el objetivo de hacer la vida insostenible.

El carácter colonial del sionismo explica también su dependencia estructural del imperialismo occidental, particularmente estadounidense. Israel no podría sobrevivir sin el masivo apoyo económico y militar de Estados Unidos, que le proporciona más de 3.800 millones de dólares anuales en ayuda militar y protección diplomática en todas las instancias internacionales. Esta relación no es meramente instrumental sino orgánica: Israel funciona como el gendarme del imperialismo estadounidense en Medio

Oriente, garantizando el control occidental sobre los recursos petrolíferos de la región y sirviendo como punta de lanza contra cualquier proyecto nacionalista árabe o movimiento antiimperialista. El sionismo, lejos de ser la expresión del derecho a la autodeterminación del pueblo judío, es un proyecto colonial al servicio del imperialismo que ha convertido a los judíos en instrumentos de la dominación occidental sobre los pueblos árabes.

4.2. El genocidio en curso: crímenes y complicidad internacional

Lo que está ocurriendo en Gaza desde octubre de 2023 cumple con todos los criterios de la Convención para la Prevención y Sanción del Delito de Genocidio adoptada por la ONU en 1948. El ejército israelí ha asesinado a más de 45.000 palestinos, la mayoría civiles, mujeres y niños. Ha destruido sistemáticamente hospitales, escuelas, mezquitas, iglesias, universidades, archivos históricos y toda la infraestructura que permite la vida humana. Ha expulsado por la fuerza a más de dos millones de personas de sus hogares, obligándolas a desplazarse en condiciones inhumanas. Ha impuesto un sitio total que niega el acceso a alimentos, agua, medicinas y combustible, provocando hambrunas masivas y el colapso del sistema sanitario. Todo esto acompañado de declaraciones explícitas de funcionarios israelíes llamando a '*borrar Gaza del mapa*' y a tratar a los palestinos como 'animales humanos' que deben ser eliminados.

Sudáfrica presentó ante la Corte Internacional de Justicia una demanda acusando a Israel de genocidio, fundamentada en documentación exhaustiva de crímenes de guerra y declaraciones genocidas de funcionarios israelíes. La corte emitió medidas cautelares ordenando a Israel que tome todas las medidas posibles para prevenir actos de genocidio, que no realice desplazamientos forzados y que permita el acceso de ayuda humanitaria. Israel ha ignorado sistemáticamente estas órdenes, con el apoyo incondicional de Estados Unidos y Europa. Esta complicidad occidental con el genocidio revela la hipocresía absoluta del orden internacional liberal: **las mismas potencias que invocaron la 'responsabilidad de proteger' para bombardear Libia o Yugoslavia guardan silencio o justifican las masacres cuando son perpetradas por su aliado colonial en Medio Oriente.**

El genocidio en Gaza no es simplemente una 'violación del derecho internacional' sino la expresión más brutal de la lógica del colonialismo de asentamiento. Israel busca hacer de Gaza un territorio inhabitable para forzar la expulsión definitiva de su población palestina, completando así el proyecto de limpieza étnica iniciado en 1948. Los planes del gobierno israelí de reconstruir asentamientos judíos en Gaza y de establecer un 'corredor' que divida el territorio en dos, así como las propuestas de diversos ministros de 'transferir' la población gazatí a Egipto o a otros países árabes, revelan que estamos ante una Nakba en cámara lenta. La diferencia con 1948 es que ahora el mundo entero puede ver en tiempo real las imágenes del genocidio transmitidas por periodistas palestinos que arriesgan sus vidas para documentar los crímenes, aunque esto no haya impedido que Occidente continúe apoyando a Israel.

La complicidad de Occidente en el genocidio gazatí tiene dimensiones materiales concretas. Estados Unidos ha proporcionado a Israel las bombas de dos toneladas utilizadas para demoler edificios residenciales, los cazas F-35 que bombardean campos

de refugiados, los sistemas antimisiles que protegen el espacio aéreo israelí. Alemania, en un acto de perversión histórica, justifica su apoyo a Israel invocando el Holocausto, como si la memoria del genocidio nazi pudiera usarse para legitimar otro genocidio. Reino Unido, Francia y la Unión Europea mantienen su cooperación económica y militar con Israel mientras condenan tibias 'violaciones del derecho humanitario' sin consecuencias. Esta complicidad no es accidental: **Israel sirve a los intereses estratégicos de Occidente en Medio Oriente y el genocidio palestino es el precio que las potencias imperialistas están dispuestas a pagar por mantener su dominio sobre la región.**

4.3. Resistencia palestina y solidaridad internacional

La resistencia palestina en Gaza, representada principalmente por Hamás, pero también por otras facciones como la Yihad Islámica y el Frente Popular para la Liberación de Palestina, constituye un movimiento de liberación nacional legítimo según el derecho internacional. Los ataques del 7 de octubre de 2023, aunque condenados unánimemente por Occidente como 'terrorismo', fueron una operación militar contra un ocupante colonial que mantiene un bloqueo genocida. Israel y sus aliados occidentales han inflado y distorsionado sistemáticamente lo ocurrido ese día, fabricando atrocidades inexistentes o atribuyendo a Hamas víctimas causadas por el propio fuego israelí, para justificar el genocidio posterior. La resistencia palestina, lejos de ser 'terrorismo fanático', expresa la voluntad de un pueblo que se niega a aceptar su eliminación y que lucha por su supervivencia contra un proyecto colonial eliminacionista.

Sin embargo, desde una perspectiva marxista, es necesario analizar críticamente las limitaciones de Hamás como dirección de la resistencia palestina. *Hamás es un movimiento islamista conservador cuya ideología se basa en el islam político y que, aunque haya moderado sus posiciones en años recientes, mantiene una visión religiosa incompatible con un proyecto de liberación secular y democrático.* Su estrategia militar, aunque comprensible en el contexto de la desesperación, no puede sustituir la construcción de un movimiento de masas palestino articulado con las luchas de la clase trabajadora regional e internacional. *La liberación de Palestina no vendrá de operaciones militares aisladas sino de la construcción de un frente amplio que vincule la lucha palestina con las luchas de los pueblos árabes contra sus propios regímenes autoritarios y con el movimiento obrero internacional contra el imperialismo.*

El genocidio en Gaza ha generado una oleada masiva de solidaridad internacional sin precedentes, con manifestaciones multitudinarias en ciudades de todo el mundo exigiendo el fin del genocidio y el boicot a Israel. El movimiento estudiantil, particularmente en Estados Unidos y Europa, ha ocupado universidades exigiendo el fin de la complicidad académica e institucional con Israel. La campaña de Boicot, Desinversión y Sanciones (BDS), inspirada en la lucha contra el apartheid sudafricano, ha ganado fuerza creciente a pesar de los intentos de criminalizarla tachándola de 'antisemita'. Esta solidaridad internacional es fundamental, pero debe ir más allá del humanitarismo abstracto y vincularse con una comprensión antiimperialista y anticapitalista del conflicto. La liberación de Palestina no es solo una cuestión de

'derechos humanos' sino parte de la lucha más amplia contra el imperialismo y por el socialismo.

Desde el marxismo, debemos afirmar que la única solución duradera al conflicto israelí-palestino es la construcción de un **estado único, democrático y secular en toda la Palestina histórica, con igualdad de derechos para árabes y judíos**. Esto implica el desmantelamiento del estado sionista y de sus estructuras de apartheid, el reconocimiento del derecho al retorno de los refugiados palestinos, y la construcción de nuevas formas de convivencia basadas en la igualdad y la justicia, no en la supremacía étnica. Esta perspectiva solo puede realizarse mediante la revolución socialista en Medio Oriente, que derroque tanto al régimen sionista como a los regímenes árabes autoritarios y construya una federación socialista de pueblos de Medio Oriente. El internacionalismo proletario exige que los trabajadores del mundo se movilicen por la liberación de Palestina como parte de su propia lucha contra el imperialismo.

V. Trump y el imperialismo estadounidense en América Latina

5.1. La 'guerra contra el narcotráfico' como pretexto imperial

Las amenazas del presidente Donald Trump de llevar a cabo una invasión militar de Venezuela y Colombia bajo el pretexto de 'combatir el narcotráfico' representan la continuidad del imperialismo estadounidense en América Latina en su forma más descarnada y brutal. Trump ha declarado públicamente su intención de 'acabar con esos hijos de perra' y ha ordenado al Pentágono preparar planes de intervención militar que incluyen bombardeos de laboratorios de drogas y operaciones terrestres. Estas amenazas no son meras bravuconadas sino expresiones de una política imperial que considera a América Latina como el 'patio trasero' de Estados Unidos, un territorio sobre el cual Washington se arroga el derecho a intervenir militar, económica y políticamente cuando sus intereses así lo demanden.

La 'guerra contra las drogas' ha sido históricamente uno de los pretextos favoritos del imperialismo estadounidense para justificar sus intervenciones en América Latina. Desde la invasión de Panamá en 1989 para derrocar a Manuel Noriega hasta el Plan Colombia iniciado en 2000, pasando por las múltiples operaciones encubiertas de la CIA en México, Guatemala y otros países, la lucha contra el narcotráfico ha servido para militarizar la región, establecer bases estadounidenses, entrenar ejércitos y fuerzas policiales locales, y garantizar gobiernos subordinados a los intereses de Washington. El narcotráfico es real y causa graves problemas sociales, pero la solución que propone Estados Unidos no busca resolver el problema sino utilizarlo como justificación para mantener su hegemonía imperial.

La hipocresía de esta guerra contra las drogas es evidente para cualquier análisis serio. Estados Unidos es el principal mercado consumidor de drogas del mundo, y su prohibicionismo genera las ganancias extraordinarias que alimentan al narcotráfico. La CIA ha sido documentada en múltiples ocasiones facilitando el tráfico de drogas para financiar operaciones encubiertas, como en el caso del escándalo Irán-Contra en los años ochenta. Los grandes bancos estadounidenses y europeos lavan miles de millones de dólares procedentes del narcotráfico sin que haya consecuencias significativas. Mientras tanto, los países latinoamericanos sufren la violencia, la corrupción y la desestabilización institucional que genera la guerra contra las drogas, guerra que en realidad es una guerra contra sus propios pueblos. Trump no propone acabar con el narcotráfico mediante la legalización y regulación, ni mediante políticas de desarrollo que ofrezcan alternativas a los campesinos que cultivan coca, sino mediante bombardeos que inevitablemente causarán víctimas civiles masivas.

El caso de Venezuela es particularmente revelador de los verdaderos objetivos de la agresión estadounidense. **Venezuela no es un centro importante de producción o tráfico de drogas, pero sí posee las mayores reservas probadas de petróleo del mundo.** El gobierno bolivariano de Chávez y Maduro ha intentado usar estos recursos para financiar programas sociales y mantener una política exterior independiente que desafía la hegemonía estadounidense en la región. Estados Unidos ha respondido con un bloqueo económico brutal que ha causado decenas de miles de muertes y el colapso de la economía venezolana, con intentos de golpe de estado como el fallido

levantamiento de Guaidó en 2019, y ahora con amenazas de invasión directa. Trump ha declarado explícitamente que 'todas las opciones están sobre la mesa' respecto a Venezuela, incluyendo la opción militar, revelando que el objetivo no es combatir el narcotráfico sino derrocar un gobierno que se niega a subordinarse a Washington.

5.2. La historia del intervencionismo estadounidense en América Latina

Las amenazas actuales de Trump deben situarse en el contexto de más de dos siglos de intervencionismo estadounidense en América Latina. Desde la **Doctrina Monroe** de 1823, que declaró todo el continente americano como zona de influencia exclusiva de Estados Unidos, pasando por las múltiples intervenciones militares del siglo XIX y principios del XX en México, Nicaragua, Haití, República Dominicana y otros países, hasta los golpes de estado orquestados por la CIA durante la Guerra Fría contra gobiernos democráticos en Guatemala (1954), Brasil (1964), Chile (1973) y Argentina (1976), Estados Unidos ha tratado sistemáticamente a América Latina como una colonia. Esta historia no es pasado remoto, sino que continúa hasta el presente, como lo demuestran los golpes de estado recientes en Honduras (2009), Paraguay (2012) y Bolivia (2019), todos ellos con diversos grados de complicidad estadounidense.

El intervencionismo estadounidense no responde a preocupaciones sobre 'democracia' o 'derechos humanos', como proclama la retórica oficial, sino a la defensa de intereses económicos concretos. América Latina ha sido históricamente una región de extracción de materias primas y mano de obra barata para el capital estadounidense y europeo. Cuando gobiernos nacionalistas o de izquierda han intentado usar los recursos naturales para beneficio de sus propios pueblos, han sido derrocados. La United Fruit Company literalmente gobernó países centroamericanos como Guatemala y Honduras, con el respaldo militar estadounidense que reprimía cualquier resistencia. Las corporaciones mineras, petroleras y agroindustriales estadounidenses operan en América Latina con impunidad, destruyendo ecosistemas, desplazando comunidades y generando violencia, protegidas por tratados de libre comercio que subordinan las soberanías nacionales a los intereses del capital.

Durante la Guerra Fría, Estados Unidos utilizó la 'amenaza comunista' como pretexto para apoyar a las dictaduras militares más sangrientas del continente. El Plan Cóndor, que coordinó la represión entre los regímenes militares del Cono Sur, causó decenas de miles de desaparecidos, torturados y asesinados con la complicidad activa de la CIA y el Departamento de Estado. La Escuela de las Américas entrenó a los torturadores y escuadrones de la muerte que aterrorizaron a generaciones de luchadores sociales latinoamericanos. Cuando la Guerra Fría terminó, el anticomunismo fue reemplazado por la 'guerra contra las drogas' y la 'guerra contra el terrorismo' como pretextos para la intervención, pero la lógica imperial permaneció constante: **garantizar que América Latina permanezca subordinada a los intereses del capital estadounidense.**

En las últimas dos décadas, América Latina experimentó un giro progresista con la elección de gobiernos de centro-izquierda en Venezuela, Brasil, Argentina, Bolivia, Ecuador, Uruguay, Nicaragua y otros países. Estos gobiernos, aunque limitados por su carácter reformista y por no romper definitivamente con el capitalismo, representaron un desafío a la hegemonía estadounidense al promover la integración regional

autónoma (ALBA, UNASUR, CELAC), al nacionalizar sectores estratégicos de sus economías, y al establecer relaciones comerciales y políticas con China, Rusia y otros actores que competían con Estados Unidos. La respuesta imperial fue una contraofensiva que combinó golpes parlamentarios ('blandos'), campañas mediáticas de desestabilización ('lawfare' contra líderes progresistas), y presión económica. Trump representa la radicalización de esta contraofensiva hacia formas más descaradamente militaristas e intervencionistas.

5.3. Tareas del antiimperialismo latinoamericano

Las amenazas de invasión de Trump exigen una respuesta unitaria y combativa del movimiento popular latinoamericano. La primera tarea es denunciar y movilizarse contra cualquier intervención militar estadounidense, sea esta en forma de invasión abierta, de operaciones encubiertas, o de golpes de estado. La defensa de la soberanía nacional de Venezuela, Colombia y cualquier otro país amenazado es una tarea del conjunto de los pueblos latinoamericanos, independientemente de las críticas que podamos tener a sus gobiernos específicos. El principio de no intervención y la autodeterminación de los pueblos no son principios abstractos sino condiciones necesarias para que los pueblos latinoamericanos puedan resolver sus propios conflictos sin la interferencia imperial.

Sin embargo, el antiimperialismo no puede reducirse a la defensa de los gobiernos existentes, algunos de los cuales han implementado políticas neoliberales o han reprimido movimientos sociales. *El antiimperialismo marxista debe combinar la lucha contra la intervención externa con la lucha contra las burguesías locales que actúan como agentes del imperialismo. En Venezuela, por ejemplo, la defensa del país contra la agresión estadounidense debe ir acompañada de la crítica a las limitaciones del gobierno bolivariano y de la construcción de un polo de clase trabajadora independiente.* Lo mismo aplica para Colombia, donde el gobierno de Petro enfrenta las amenazas de Trump pero mantiene compromisos con el capital transnacional y no ha roto con el modelo extractivista.

La construcción de un antiimperialismo consecuente en América Latina requiere avanzar en varios frentes simultáneos. En lo político, implica construir organizaciones de masas independientes del estado que puedan movilizarse contra la intervención imperial pero también por transformaciones sociales profundas. En lo económico, requiere promover la integración regional basada en la complementariedad productiva y no en el comercio desigual, nacionalizar sectores estratégicos bajo control obrero, y romper con la dependencia del FMI y del Banco Mundial. En lo militar, exige la disolución de las alianzas militares con Estados Unidos, el cierre de bases estadounidenses, y la construcción de sistemas de defensa regionales autónomos. **Y fundamentalmente, requiere vincular la lucha antiimperialista con la lucha por el socialismo, pues solo la revolución socialista puede garantizar una independencia real del imperialismo.**

La solidaridad internacional es crucial. El movimiento obrero estadounidense tiene la responsabilidad particular de combatir el imperialismo de su propio gobierno, siguiendo el principio leninista de que el principal enemigo está en casa. Las organizaciones progresistas estadounidenses deben movilizarse activamente contra cualquier

intervención militar, exigir el levantamiento de sanciones, y establecer vínculos de solidaridad con los movimientos sociales latinoamericanos. En Europa, Asia y África, los movimientos antiimperialistas deben denunciar la complicidad de sus propios gobiernos con el imperialismo estadounidense y construir redes de solidaridad con América Latina. La lucha contra el imperialismo es internacional o no es nada, y cada victoria antiimperialista en cualquier parte del mundo fortalece las posibilidades de las luchas en todas partes.

VI. La crisis del pacifismo burgués en el siglo XXI

6.1. Genealogía del pacifismo liberal

El pacifismo como ideología política tiene raíces históricas complejas que combinan elementos religiosos, filosóficos y políticos. Sus orígenes modernos pueden rastrearse hasta las corrientes religiosas de los cuáqueros y menonitas, que rechazaban la violencia por principios teológicos, y hasta el pensamiento ilustrado de Kant, quien en su ensayo 'Sobre la paz perpetua' (1795) argumentó que el establecimiento de repúblicas democráticas y de instituciones internacionales podría garantizar una paz duradera entre naciones. Esta tradición se desarrolló en el siglo XIX con el surgimiento de sociedades pacifistas burguesas que promovían el arbitraje internacional y el desarme, alcanzando su expresión institucional con la creación de la Sociedad de Naciones tras la Primera Guerra Mundial y, posteriormente, de las Naciones Unidas tras la Segunda.

El pacifismo liberal comparte con el liberalismo político una visión idealista de la historia que atribuye la guerra a factores morales, psicológicos o institucionales, ignorando sus raíces materiales en las contradicciones del capitalismo. Según esta perspectiva, las guerras resultan de la 'irracionalidad', del 'fanatismo nacionalista', de la ausencia de 'diálogo', o de instituciones internacionales débiles. La solución propuesta consiste en fortalecer el derecho internacional, promover la 'cultura de paz', educar en valores de tolerancia y no violencia, y establecer mecanismos de resolución pacífica de conflictos. **Esta visión ignora sistemáticamente que la guerra no es una aberración del capitalismo sino una expresión necesaria de sus contradicciones, especialmente en su fase imperialista.**

La Primera Guerra Mundial representó el colapso catastrófico de esta ilusión pacifista. Los socialistas de la Segunda Internacional, que habían votado en sus congresos resoluciones contra la guerra y se habían comprometido a convocar una huelga general en caso de conflicto, terminaron votando los créditos de guerra y apoyando a sus respectivas burguesías nacionales. El pacifismo abstracto se reveló impotente ante la realidad de los intereses imperialistas en conflicto. Como Lenin señaló mordazmente, el pacifismo se había convertido en el mejor aliado del militarismo al desarmar ideológicamente a las masas trabajadoras y desviar su atención de las causas reales de la guerra. *La paz no vendría de declaraciones morales ni de instituciones internacionales dominadas por las potencias imperialistas, sino de la revolución proletaria que acabara con el capitalismo.*

En el periodo de entreguerras, el pacifismo burgués revivió brevemente con la Sociedad de Naciones y el Pacto Briand-Kellogg (1928) que 'prohibía' la guerra como instrumento de política nacional. Estos esfuerzos resultaron completamente inútiles para prevenir el ascenso del fascismo y el estallido de la Segunda Guerra Mundial. El pacifismo fue incapaz de enfrentar al fascismo porque su rechazo abstracto de la violencia lo impedía distinguir entre la violencia del opresor y la resistencia del oprimido. Algunos pacifistas llegaron al extremo de proponer la no resistencia ante Hitler, argumentando que incluso la lucha armada contra el nazismo era moralmente inaceptable. Esta posición, llevada a su conclusión lógica, equivalía a colaborar con el genocidio mediante la pasividad.

6.2. El pacifismo en la era de la 'guerra humanitaria'

Tras la Segunda Guerra Mundial, el pacifismo burgués experimentó una transformación significativa con la creación de las Naciones Unidas y el desarrollo de la doctrina de la 'intervención humanitaria'. La ONU se presentó como el garante de la paz internacional, con su Consejo de Seguridad autorizado para usar la fuerza contra amenazas a la paz. Sin embargo, la estructura de la ONU, dominada por las cinco potencias vencedoras de la guerra con derecho a veto, aseguró que la organización sirviera a los intereses de estas potencias imperialistas. Durante la Guerra Fría, la ONU fue instrumentalizada por ambos bloques para legitimar sus respectivas intervenciones, desde Corea hasta Afganistán. La supuesta 'legalidad internacional' resultó ser simplemente la legalidad de los más fuertes.

Tras el colapso de la URSS, Estados Unidos y sus aliados desarrollaron la doctrina de la 'intervención humanitaria' o 'responsabilidad de proteger', que justifica las guerras imperialistas como operaciones de salvamento humanitario. Los bombardeos de Yugoslavia en 1999, la invasión de Afganistán en 2001, la guerra de Irak en 2003, y la intervención en Libia en 2011 fueron todas justificadas con esta retórica humanitaria. En cada caso, se presentaba a los líderes enemigos como 'nuevos Hitler' que cometían atrocidades masivas, se invocaba la necesidad de 'proteger a los civiles', y se prometía que la intervención sería rápida y quirúrgica. En cada caso, las verdaderas motivaciones eran el control de recursos estratégicos y el mantenimiento de la hegemonía imperial. Y en cada caso, el resultado fue la devastación de países enteros, cientos de miles de muertos, y el fortalecimiento de fuerzas reaccionarias locales.

El pacifismo burgués ha sido mayoritariamente incapaz de oponerse consistentemente a estas guerras 'humanitarias'. Muchos liberales progresistas, intelectuales de izquierda e incluso organizaciones pacifistas apoyaron algunas de estas intervenciones, argumentando que en casos de 'emergencia humanitaria' la violencia estaba justificada. Esta posición representa el colapso total del pacifismo principista en una apología del imperialismo disfrazada de preocupación humanitaria. Como señaló Tariq Ali, la 'intervención humanitaria' es simplemente una nueva máscara del viejo imperialismo, y quienes la apoyan son cómplices objetivos de crímenes de guerra. *El verdadero pacifismo debería oponerse implacablemente a todas las guerras imperialistas, independientemente de la retórica con que se justifiquen.*

Las contradicciones del pacifismo liberal se revelan también en su doble estándar sistemático. Occidente condena selectivamente las violaciones del derecho internacional cometidas por sus enemigos mientras ignora o justifica las cometidas por aliados. Rusia es sancionada por su invasión de Ucrania, pero Estados Unidos no fue sancionado por su invasión de Irak. Israel comete genocidio en Gaza con total impunidad mientras se condena cualquier resistencia palestina como 'terrorismo'. Arabia Saudita bombardea Yemen causando una catástrofe humanitaria con armas occidentales y nadie habla de sanciones. **Este doble rasero revela que el 'orden internacional basado en reglas' del que habla Occidente es simplemente un mecanismo para imponer su voluntad a países más débiles mientras se reserva el derecho a violar cualquier regla cuando le convenga.**

6.3. Pacifismo y derrotismo revolucionario

La crítica marxista del pacifismo no implica una glorificación de la violencia ni una indiferencia ante el sufrimiento que causan las guerras. Al contrario, el marxismo es profundamente antibelicista porque comprende que las guerras capitalistas causan un sufrimiento inmenso a las masas trabajadoras sin resolver ninguna de las contradicciones fundamentales del sistema. **Lo que el marxismo rechaza es el pacifismo abstracto que condena toda violencia sin distinguir su carácter de clase, y que por tanto desarma ideológicamente a los oprimidos mientras no afecta en nada al poder de los opresores. El pacifismo que se niega a distinguir entre la violencia del estado burgués y la resistencia de los oprimidos es, objetivamente, un aliado del status quo.**

Lenin desarrolló la consigna del 'derrotismo revolucionario' como alternativa al pacifismo en el contexto de la Primera Guerra Mundial. Esta consigna no significaba desear pasivamente la derrota militar del propio país, sino trabajar activamente por transformar la guerra imperialista en revolución proletaria, incluso si esto implicaba facilitar la derrota militar del propio gobierno imperialista. Como Lenin explicó, 'en toda guerra, la victoria del propio gobierno significa el empeoramiento de la opresión de las masas trabajadoras... por ello, en una guerra reaccionaria, la clase revolucionaria no puede dejar de desear la derrota de su gobierno'. El derrotismo revolucionario no era una traición a la nación sino la expresión más alta del internacionalismo proletario: la comprensión de que los trabajadores de todos los países tenían más en común entre sí que con sus respectivas burguesías.

Esta posición debe distinguirse cuidadosamente tanto del pacifismo abstracto como del campismo acrítico. El derrotismo revolucionario se aplica específicamente a las guerras imperialistas de rapiña entre potencias capitalistas, no a las guerras de liberación nacional o a las guerras defensivas de estados obreros. Cuando un país semicolonial es invadido por una potencia imperialista, como en los casos de Vietnam, Irak o Libia, la posición marxista es defender la resistencia nacional, independientemente del carácter de clase del gobierno del país invadido. Cuando un estado obrero es atacado por fuerzas capitalistas, como en el caso de la intervención extranjera en la guerra civil rusa o en la invasión nazi de la URSS, la posición marxista es defender al estado obrero aunque ello implique un apoyo crítico a su dirección. **El criterio no es moral sino político: qué posición fortalece la lucha de clases internacional y qué posición la debilita.**

En el siglo XXI, la aplicación del derrotismo revolucionario requiere un análisis concreto del carácter de cada guerra. La guerra de Ucrania, como hemos analizado, es una guerra interimperialista donde la posición correcta es oponerse a ambos imperialismos sin apoyar a ninguno, combinando esto con la denuncia de la escalada militarista de la OTAN. En Gaza, la posición correcta es apoyar incondicionalmente la resistencia palestina contra el genocidio sionista, al tiempo que se critica las limitaciones del islamismo como ideología. Frente a las amenazas de invasión estadounidense a Venezuela o Colombia, la posición correcta es defender a estos países contra la agresión imperialista, independientemente de las críticas que tengamos a sus gobiernos. **En cada caso, la clave es aplicar el análisis de clase y determinar qué posición fortalece la lucha contra el imperialismo y por el socialismo.**

VII. Hacia una política marxista de la paz

7.1. Guerra y revolución en la época imperialista

La tesis fundamental del marxismo sobre la guerra en la época imperialista es que no puede haber paz duradera bajo el capitalismo. Esta no es una afirmación moral sino un análisis de las contradicciones estructurales del sistema. *El capitalismo imperialista genera necesariamente competencia entre monopolios que se transforma en competencia entre estados, lucha por el control de recursos y mercados que conduce a conflictos militares, y exportación de capitales que requiere de protección militar.* La militarización creciente de las relaciones internacionales, el aumento constante de los presupuestos militares, la proliferación de conflictos regionales y la amenaza permanente de una conflagración global son expresiones de esta dinámica estructural, no resultados de la 'mala voluntad' de ciertos líderes o de 'malentendidos' diplomáticos.

Lenin anticipó que la época del imperialismo sería una época de '*guerras y revoluciones*', en la que los conflictos bélicos crearían crisis políticas que abrirían oportunidades revolucionarias. La Primera Guerra Mundial condujo a la revolución rusa; la Segunda Guerra Mundial generó revoluciones en China, Yugoslavia, Vietnam y otros países; las guerras coloniales de los años cincuenta y sesenta alimentaron movimientos de liberación nacional. Sin embargo, esta dialéctica entre guerra y revolución no es automática ni garantiza resultados progresivos. Las guerras también pueden conducir al fortalecimiento del fascismo, a la consolidación de dictaduras militares, y a la desmoralización de las masas. **La tarea del marxismo es trabajar para que las crisis generadas por las guerras se transformen en oportunidades revolucionarias, no simplemente esperar que esto ocurra espontáneamente.**

En el siglo XXI, la relación entre guerra y revolución presenta características específicas. Las potencias imperialistas han desarrollado tecnologías militares de precisión que les permiten destruir países enteros sin comprometer demasiadas tropas propias, reduciendo así el potencial de movilización antibélica en sus propios países. El uso masivo de drones, bombardeos aéreos y fuerzas especiales en lugar de ejércitos de conscripción masivos cambia la dinámica social de la guerra. Al mismo tiempo, la integración económica global hace que las guerras tengan costos económicos más altos que en el pasado, generando resistencias dentro de las mismas clases dominantes. La posibilidad de una guerra nuclear sigue siendo una amenaza existencial para la humanidad, elevando los riesgos de cualquier conflicto entre grandes potencias.

La política marxista de la paz en el siglo XXI debe partir del reconocimiento de que las guerras imperialistas contemporáneas no pueden terminar mediante negociaciones diplomáticas mientras subsista el capitalismo. Toda paz negociada bajo el imperialismo es necesariamente una paz temporal que prepara la próxima guerra, como lo demostró el Tratado de Versalles que concluyó la Primera Guerra Mundial, pero sembró las semillas de la Segunda. La única paz verdaderamente duradera sería la *paz socialista*, basada en la cooperación planificada de las economías y en la superación de la competencia capitalista. Esto no significa que los marxistas se opongan a cualquier cese al fuego o acuerdo de paz temporal, que pueden salvar vidas y dar respiro a las

masas, sino que no alimentamos ilusiones de que estos acuerdos puedan resolver las contradicciones fundamentales que generan las guerras.

7.2. El desarme como cuestión de clase

El pacifismo burgués plantea el desarme como una cuestión técnica o moral: reducir los arsenales nucleares, controlar el comercio de armas, establecer zonas desmilitarizadas. Estas propuestas ignoran que el militarismo es una función orgánica del capitalismo imperialista y que ningún tratado de desarme puede eliminar la tendencia estructural hacia la guerra mientras subsista el sistema capitalista. Los diversos tratados de control de armamentos (START, TNP, Tratado de Prohibición de Armas Químicas, etc.) han tenido efectos limitados y han sido sistemáticamente violados o abandonados cuando convenía a las grandes potencias. Estados Unidos, que se presenta como garante del 'orden internacional', es el país que más tratados internacionales ha rechazado o violado, desde el Protocolo de Kyoto hasta la Corte Penal Internacional.

El marxismo plantea el desarme como una cuestión de clase, vinculada indisolublemente con la lucha por el socialismo. El verdadero desarme no vendrá de tratados entre gobiernos burgueses sino de la abolición del ejército burgués y su sustitución por milicias populares bajo control obrero. Como Lenin explicó en 'El estado y la revolución', el ejército permanente es uno de los pilares fundamentales del estado burgués, diseñado no solo para la guerra externa sino principalmente para reprimir a la propia clase trabajadora. El desarme burgués es imposible porque la burguesía necesita su aparato represivo para mantener su dominación de clase. Solo cuando los trabajadores tomen el poder podrán desarmar al estado burgués y construir nuevas formas de autodefensa popular.

La consigna del desarme debe estar siempre vinculada con la consigna de armamento del proletariado. No se trata de promover un desarme unilateral que dejaría a los trabajadores indefensos ante la violencia del estado y de las fuerzas reaccionarias, sino de combatir la militarización burguesa mientras se construye la capacidad de autodefensa de las masas. En situaciones revolucionarias o pre-revolucionarias, esto puede significar literalmente armar a los trabajadores, como ocurrió en la Revolución Rusa de 1917. En situaciones no revolucionarias, significa construir organizaciones de autodefensa obrera capaces de enfrentar la represión estatal y paraestatal, como los piquetes armados en luchas sindicales o las guardias antifascistas.

El movimiento obrero debe oponerse sistemáticamente a los presupuestos militares y exigir que los recursos destinados al militarismo se destinen a necesidades sociales. Esta demanda, que parece meramente propagandística en tiempos 'normales', puede volverse explosiva en momentos de crisis cuando las masas experimentan directamente la contradicción entre el despilfarro militar y la austeridad social. La conversión de la industria militar en producción socialmente útil es una demanda transicional que conecta las luchas inmediatas con la perspectiva socialista. Los trabajadores de la industria militar deben ser ganados para la idea de que su futuro no está en producir

instrumentos de muerte sino en una economía planificada que produzca para las necesidades humanas.

7.3. Internacionalismo proletario y solidaridad concreta

La respuesta marxista a la guerra imperialista es el internacionalismo proletario, es decir, la comprensión de que los trabajadores de todos los países tienen intereses comunes contra sus respectivas burguesías y contra el sistema capitalista global. Este internacionalismo no es un sentimiento humanitario abstracto sino una necesidad política concreta: la clase trabajadora solo puede triunfar si actúa coordinadamente a escala internacional, superando las divisiones nacionales, raciales y religiosas que la burguesía utiliza para dividirla. Como escribieron Marx y Engels en el Manifiesto Comunista, 'los trabajadores no tienen patria' porque sus intereses de clase trascienden las fronteras nacionales. Esto no significa negar las luchas nacionales legítimas sino subordinarlas a la perspectiva de la revolución socialista internacional.

El internacionalismo proletario exige actuar según el principio de Lenin de que 'el principal enemigo está en casa'. Los trabajadores de cada país tienen la responsabilidad primaria de combatir a su propio imperialismo, no de apoyar acríticamente a cualquier fuerza que se le oponga. Los trabajadores estadounidenses deben combatir el imperialismo estadounidense; los trabajadores rusos deben combatir el imperialismo ruso; los trabajadores israelíes deben oponerse al sionismo y al genocidio palestino. Esta es la única forma de construir una solidaridad internacional genuina, que no se base en el campismo geopolítico sino en la lucha de clases común. Cuando los trabajadores de las metrópolis imperialistas combaten a sus propios gobiernos, dan el apoyo más efectivo posible a las luchas de liberación de los pueblos oprimidos.

La solidaridad internacional debe ser concreta y no limitarse a declaraciones de principio. Esto incluye: organizar campañas contra las guerras imperialistas y contra el envío de tropas y armas; boicotear empresas que se benefician de las guerras y ocupaciones; establecer vínculos directos entre sindicatos y movimientos sociales de diferentes países; proporcionar ayuda material a movimientos de resistencia legítimos; denunciar y combatir el racismo y la xenofobia que las burguesías utilizan para justificar las guerras; y defender los derechos de refugiados y migrantes que huyen de las guerras imperialistas. La solidaridad también significa compartir experiencias de lucha y construir redes organizativas transnacionales que puedan coordinar acciones conjuntas.

El movimiento obrero internacional debe recuperar las tradiciones de solidaridad de épocas anteriores, cuando los trabajadores de diferentes países se negaban a cargar armas destinadas a reprimir luchas en otros países, organizaban brigadas internacionales para apoyar revoluciones, y coordinaban acciones de boicot contra gobiernos reaccionarios. Estos métodos de acción directa son más efectivos que las apelaciones morales a gobiernos imperialistas. Cuando los estibadores se niegan a cargar armas destinadas a Israel, cuando los ferroviarios se niegan a transportar equipo militar hacia zonas de guerra, cuando los trabajadores de fábricas de armamento organizan huelgas contra la producción militar, están ejerciendo un poder real que

puede limitar la capacidad de los gobiernos para hacer la guerra. **Esta es la solidaridad obrera concreta que necesitamos construir.**

7.4. El socialismo como garantía de paz

La tesis marxista fundamental es que solo el socialismo puede garantizar una paz duradera. Esto no es una proclama utópica sino una conclusión que se deriva del análisis materialista de las causas de la guerra. Si las guerras imperialistas resultan de la competencia capitalista por mercados, recursos y esferas de influencia, entonces solo la superación del capitalismo y su sustitución por una economía planificada basada en la cooperación puede eliminar estas causas. Una federación socialista mundial, donde los medios de producción estén socializados y la producción se organice según las necesidades humanas y no según el beneficio, no tendría razones materiales para la guerra. Los conflictos que pudieran surgir se resolverían mediante la deliberación democrática y no mediante la violencia militar.

Sin embargo, el socialismo no traerá automáticamente la paz. La transición del capitalismo al socialismo será necesariamente un periodo de agudos conflictos de clase en el que la burguesía resistirá con todos los medios a su alcance, incluida la violencia militar. La historia del siglo XX mostró que los estados obreros enfrentaron sistemáticamente agresiones imperialistas, guerras civiles apoyadas desde el exterior, y bloqueos económicos diseñados para estrangularlos. La Revolución Rusa tuvo que enfrentar la intervención de catorce ejércitos extranjeros; Cuba ha resistido más de sesenta años de bloqueo estadounidense; Venezuela sufre sanciones que han causado miles de muertos. La construcción del socialismo requiere por tanto de capacidades de defensa que permitan resistir la agresión imperialista sin caer en el militarismo.

El modelo de defensa de un estado obrero debe basarse en milicias populares y no en un ejército profesional de tipo burgués. Las milicias permiten armar al conjunto de la población trabajadora, mantienen un vínculo orgánico entre las fuerzas militares y las masas, y evitan la formación de una casta militar separada que podría convertirse en base de una contrarrevolución. La experiencia de la Revolución Rusa, donde el Ejército Rojo fue inicialmente organizado según principios democráticos con elección de oficiales y comisarios políticos, muestra las posibilidades de este modelo. Sin embargo, también mostró las dificultades: la necesidad de construir rápidamente capacidades militares efectivas frente a ejércitos profesionales condujo a la reintroducción de jerarquías militares y disciplina estricta, lo que facilitó posteriormente la burocratización estalinista.

La paz socialista no será solo la ausencia de guerra sino la creación de condiciones materiales que hagan innecesario el conflicto violento. Esto incluye la superación de la escasez mediante el desarrollo planificado de las fuerzas productivas, la eliminación de la explotación de clase que genera antagonismos sociales, la desaparición gradual del estado como aparato de dominación, y la construcción de una cultura de cooperación y solidaridad que sustituya a la competencia capitalista. Esta visión puede parecer utópica desde la perspectiva del mundo actual, desgarrado por guerras y violencia, pero es la única visión que ofrece una salida real a la barbarie imperialista. Como escribió

Rosa Luxemburgo, la alternativa histórica es 'socialismo o barbarie', y las guerras imperialistas del siglo XXI nos recuerdan constantemente la urgencia de esta elección.

VIII. Conclusión: Por una paz basada en la justicia social

El análisis de los tres conflictos que hemos examinado en este documento revela que la guerra es una característica estructural del capitalismo en su fase imperialista, no una aberración que pueda corregirse mediante reformas institucionales o apelaciones morales. La guerra de Ucrania expresa el choque entre potencias imperialistas por el control del espacio postsoviético, con el pueblo ucraniano convertido en carne de cañón de intereses que no son los suyos. El genocidio en Gaza es la culminación lógica de un proyecto colonial de asentamiento que desde su origen se basó en la limpieza étnica de la población palestina. Las amenazas de invasión estadounidense a Venezuela y Colombia muestran que el imperialismo tradicional no ha desaparecido, sino que adopta nuevas máscaras, sea la 'guerra contra el narcotráfico' o la 'defensa de la democracia'.

Estos conflictos demuestran también el fracaso del pacifismo burgués y de las instituciones internacionales que supuestamente garantizarían la paz. La ONU, la Corte Internacional de Justicia, los tratados de derechos humanos, todo el aparato del derecho internacional ha resultado impotente o cómplice ante los crímenes imperialistas. Peor aún, este aparato a menudo ha sido instrumentalizado para legitimar intervenciones imperialistas bajo la retórica de la 'protección de civiles' o la 'responsabilidad de proteger'. El orden internacional liberal no es un orden basado en reglas que se aplican a todos por igual, sino un orden basado en el poder donde las potencias imperialistas se reservan el derecho a violar cualquier regla cuando les convenga.

Frente a esta realidad, el movimiento obrero internacional necesita desarrollar una política de la paz que supere tanto el pacifismo abstracto como el belicismo acrítico. Esta política debe partir del análisis concreto de cada conflicto, distinguiendo entre guerras imperialistas de rapiña, guerras de liberación nacional y conflictos internos, y determinando en cada caso qué posición fortalece la lucha de clases y el avance hacia el socialismo. *No podemos limitarnos a condenar abstractamente 'toda violencia' sin distinguir entre la violencia del opresor y la resistencia del oprimido, ni podemos apoyar acríticamente a cualquier fuerza que se enfrente al imperialismo occidental ignorando su propio carácter de clase y sus contradicciones.*

El internacionalismo proletario es el único fundamento sólido para una política de paz genuina. Esto significa que los trabajadores de cada país deben combatir primariamente a su propio imperialismo, aplicando el principio leninista de que 'el principal enemigo está en casa'. Los trabajadores estadounidenses y europeos tienen la responsabilidad de combatir las guerras de sus propios gobiernos, de exigir el cese del envío de armas a zonas de conflicto, de oponerse a las sanciones económicas que castigan a poblaciones civiles, y de defender los derechos de refugiados y migrantes. Los trabajadores de países como Rusia o Israel deben oponerse a las guerras imperialistas y genocidas de sus gobiernos. Solo esta lucha simultánea en todos los países puede construir una alternativa real al imperialismo.

La solidaridad internacional debe expresarse en acciones concretas y no solo en declaraciones verbales. El boicot a Israel por su genocidio en Gaza, la negativa de trabajadores portuarios y ferroviarios a transportar armamento destinado a zonas de

guerra, las huelgas en fábricas de armamento, las ocupaciones estudiantiles contra la complicidad institucional con el imperialismo, las manifestaciones masivas contra las guerras, todas estas son formas de solidaridad activa que ejercen presión real sobre los gobiernos imperialistas. **Necesitamos recuperar y actualizar las tradiciones del movimiento obrero internacional, cuando la solidaridad entre trabajadores de diferentes países era un principio fundamental de acción y no solo una declaración formal.**

La lucha por la paz no puede separarse de la lucha contra el capitalismo y por el socialismo. No habrá paz duradera mientras subsista un sistema económico basado en la competencia por beneficios, en la acumulación ilimitada de capital, y en la explotación de la mayoría por una minoría. Las guerras imperialistas son expresiones de las contradicciones del capitalismo, y continuarán mientras el capitalismo exista. La única paz verdadera será la paz socialista, basada en la cooperación planificada de las economías, en la satisfacción de las necesidades humanas como objetivo de la producción, y en la democracia obrera como forma política. Esta perspectiva puede parecer lejana en el presente, pero es la única que ofrece una salida real a la espiral de violencia imperialista.

Por tanto, nuestra consigna no es simplemente 'paz', que puede significar cualquier cosa, desde la rendición de los oprimidos hasta la preservación del status quo imperialista. Nuestra consigna es 'paz basada en la justicia social', que implica el fin de la explotación capitalista, el fin del colonialismo y del imperialismo, el fin de todas las formas de opresión nacional y social. Esta paz solo puede alcanzarse mediante la revolución socialista que derribe a las clases dominantes y construya un nuevo orden social basado en la propiedad colectiva de los medios de producción y la democracia obrera. El camino hacia esta paz pasa necesariamente por la intensificación de la lucha de clases, por la organización independiente del proletariado, y por la construcción de partidos revolucionarios capaces de dirigir la lucha por el poder.

En este sentido, es verdad que quien quiera la paz debe luchar por el socialismo, pero esto no es una fórmula vacía sino un programa de acción concreto. Significa construir sindicatos combativos que defiendan los intereses de los trabajadores y se opongan a las guerras imperialistas. Significa organizar movimientos sociales que vinculen las luchas inmediatas con la perspectiva anticapitalista. Significa construir partidos revolucionarios arraigados en la clase trabajadora que puedan disputar la dirección del movimiento de masas. Significa desarrollar una estrategia internacional coordinada que permita que las luchas en diferentes países se apoyen mutuamente. Y significa mantener siempre la perspectiva de que nuestro objetivo final no es reformar el capitalismo sino abolirlo y construir una sociedad socialista.

Los conflictos que hemos analizado muestran tanto la barbarie del imperialismo contemporáneo como la urgencia de construir una alternativa. El genocidio en Gaza, la guerra en Ucrania, las amenazas a América Latina, son recordatorios constantes de que el capitalismo genera sufrimiento masivo y amenaza la supervivencia misma de la humanidad. Frente a esta realidad, el pacifismo abstracto es impotente y el reformismo gradualista es insuficiente. Solo una política revolucionaria que combine la oposición intransigente al imperialismo con la lucha por el socialismo puede ofrecer una salida. Esta es la tarea histórica del movimiento obrero internacional en el siglo XXI: transformar

la indignación ante las guerras imperialistas en organización revolucionaria, convertir la solidaridad con los oprimidos en lucha anticapitalista consecuente, y construir el partido y el programa que puedan dirigir la lucha por una paz verdadera, la paz del socialismo.